



**RED MEXICANA DE ESTUDIOS DE
ESPACIOS Y CULTURA FUNERARIOS, A. C.**



Margarita Martínez Domínguez
Compiladora

Hablemos de espacios y cultura funerarios en junio

Centro Histórico, Mérida Yuc.
24-25-26 junio 2009





ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
FACULTAD DE ANTHROPOLOGÍA

Antropología

5ª Revisión Nacional

Primera edición, 2010

ISBN: 978-607-9044-008

D. R. Todos los derechos reservados conforme a la ley.
Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier medio.

Cuidado de la edición: ¡Buena Ideal Editores, S. A. de C. V.
Corrección de estilo: Mtra. Beatriz Ramírez González
Diseño de interiores: D. G. Dora A. Reyes Balleza

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

REFLEXIONES Antropológicas sobre la muerte

Carlos Augusto Evia Cervantes¹⁰³

Introducción

La muerte es una de las más importantes preocupaciones de las sociedades pasadas y presentes. Los distintos pueblos del mundo generaron creencias y tradiciones específicas hacia el hecho de la muerte. Junto a los mitos y rituales en honor a los muertos se establecieron fechas, comidas y manifestaciones artísticas que hoy día forman parte integral de la cultura.

Observando esas tradiciones puede deducirse que hay muchos aspectos susceptibles de estudio desde la perspectiva antropológica. En este trabajo nos fijaremos en tres perspectivas. Primera: lo que sucede con el cuerpo y el alma de los difuntos. Segunda: cómo se piensa o imagina el mundo de los muertos. Tercera: la tradición oral acerca de los difuntos.

¹⁰³ Es profesor de la Facultad de Ciencias Antropológicas (fca) desde 1977 y Maestro en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma de Yucatán. Ha impartido en la fca diversas asignaturas de antropología social. También ha dictado más de 100 conferencias sobre las temáticas de su especialidad. Es autor de más de 30 artículos sobre su disciplina y ha publicado los libros *Curso de Estadística* (1982), *Los Mitos sobre las aves de Yucatán* (1983), *Selección de Mitos* (2006) y *El mito de la serpiente Tsukán* (2007).

Para ubicar el tema adecuadamente se revisarán primeramente las distintas respuestas que los pueblos de otras partes del mundo han dado al asunto. Posteriormente haremos énfasis en lo que corresponde a la región maya yucateca.

Los aposentos funerarios de dirigentes

Si bien es cierto que la muerte es un hecho diario que causa dolor, tristeza e incertidumbre, es inevitable la reflexión individual sobre el destino de las almas y sus efectos en las pautas del comportamiento colectivo. Los pueblos de la antigüedad construyeron aposentos para sus dirigentes que se distinguían por su magnitud y arquitectura pero más que nada por reflejar las diferencias económicas que su estructura social generaba. Para ampliar esto revisaremos algunos casos.

Egipto

Los antiguos egipcios creían que cuando morían el alma se separaba de su cuerpo, como un doble espiritual que volaba hacia el cielo en forma de ave o llamarada. Pero esta creencia no era suficiente para la perpetuación en su memoria. También debía conservarse el cuerpo lo mejor posible para asegurar la existencia de ese doble espiritual, el cual tenía que rendir cuentas según los actos que haya realizado en vida.

Por esto, los reyes egipcios construían durante su vida grandes pirámides que se destinaban a la conservación de sus cuerpos momificados. Muchos objetos familiares dignos de su rango social eran colocados en las tumbas por sus sucesores y súbditos (Julien; 1997: 277-278).

Pero no todos los egipcios tenían este tipo de tumbas; sólo la clase dominante a la que pertenecían los faraones tenían las posibilidades de hacerlo. Esto formaba parte de una demostración del poder político que el difunto tuvo en vida y que los herederos ostentaban al cumplir con la tradición.

China

Los emperadores chinos también dedicaron esfuerzos para tener extraordinarios aposentos mortuorios. En 1974 se encontró una serie de cámaras funerarias que contenían millares de estatuas de terraco-

ta y un sin fin de artefactos que estaban destinados a cubrir las necesidades del muerto en su viaje a ultratumba (Hessler; 2005: 52-54).

La concepción de la muerte, como un ámbito similar al de los vivos, les indujo a construir una especie de copia al tamaño natural de su imperio. Soldados, funcionarios, concubinas, animales y enseres relacionados con su vida cotidiana y su poder político, fueron reproducidos para acompañar al emperador en el mausoleo (Kindersley; 1985: 127-128).

Las tumbas se empezaban a construir cuando el emperador estaba vivo y sus funerales estaban a cargo de la familia real. También se realizaban grandes esfuerzos y gastos extraordinarios en ritos mortuorios para la conservación del cuerpo pues formaba parte de las creencias.

En este ejemplo, es evidente la preocupación de los reyes y sus herederos, de reproducir en la tumba un ambiente similar al que se tenía en vida. Se imaginaba que el difunto tendría las mismas necesidades que cuando estaba vivo y por eso se le adosaban los símiles de los elementos que estaban en su entorno.

Sin embargo, las preocupaciones no atendían el nefasto destino de los miles de hombres y mujeres que vivían bajo un régimen despótico que les obligaba a producir la riqueza que se gastaba en las exequias debidas a las continuas sucesiones del poder de unas manos a otras, sin que mejorara su situación social.

Perú

Hubo un pueblo en la región central del Perú, al que se le denominó Chachapoyas, que significa "pueblo de las nubes", pues habitaban en los valles de las partes altas de las montañas andinas. Se estima que vivieron entre los 600 y 1500 d. C. y que su pueblo era de 300 a 500 mil personas. Los miembros de su élite eran depositados en lugares especiales ubicados en las laderas de las montañas. A los demás integrantes del pueblo los enterraban en tumbas comunes y con ceremonias sencillas.

En la región denominada la Laguna del Cóndor, Perú, se encontraron más de 200 de sus fardos funerarios en sitios cuyo acceso presenta una extraordinaria dificultad. Se cree que las momias contenidas en los fardos son restos mortales de los dirigentes y sus familiares, miembros de la alta jerarquía. Junto a ellos fueron depositados con

diversos objetos: máscaras, textiles, figuras de maderas y calabazas decoradas (Miranda; 1999: 48 y 50).

Sus cámaras mortuorias fueron hechas en las salientes o en pequeñas cuevas a grandes alturas de las montañas. Cuando los arqueólogos fueron hasta esos sitios para estudiar a las momias observaron que, si bien las construcciones no eran ostentosas, hay un alto grado de dificultad para llegar al lugar. De esto se dedujo el interés de preservar la integridad del difunto debido seguramente a la importancia social que estos personajes alcanzaron en vida.

Los tumbas de los antepasados

No todos los muertos fueron objeto de las mismas distinciones por sus descendientes y tampoco se les dio una tumba exclusiva para ellos. Hubo otra clase de prácticas que produjo la existencia de recintos funerarios que recibieron a los muertos en forma colectiva. Como en el apartado anterior, puede distinguirse una variedad de esas prácticas y de sus resultados.

Las tumbas del Neolítico Europeo

Las construcciones megalíticas, entre ellas los túmulos funerarios, son la prueba más notable de los logros de las sociedades del Neolítico avanzado europeo. Su realización supuso un enorme esfuerzo, que sólo se explica por la acción de los grupos humanos que desarrollaban una economía agrícola avanzada, capaz de producir excedentes, que tenían una base demográfica amplia, y que eran capaces de utilizar el trabajo de un gran número de personas en torno a una tarea común (Arias; s/f: 210).

Sobresale entre otras el complejo funerario de valle del río Boyne, situado a unos 45 kilómetros de Dublín. En este conjunto hay tres tumbas: Newgrange, Knowth y Dowth. En el interior de Newgrange hay 5 galerías funerarias bajo una cubierta de falsa bóveda que se mantiene unida por el peso del suelo que se encuentra encima. Al finalizar el año 4000 a. C., la cámara y el corredor quedaron cerrados por un grandioso bloque de piedra sobre el cual se tallaron figuras de espirales y zigzags, los cuales se cree están vinculados con los conocimientos astronómicos que alcanzaron estos pueblos. El único acceso a este recinto era un corredor al cual entraban los designados para realizar las ceremonias de culto de la época (Palaos; 2007; 51).

Para explicar la existencia de estas enormes construcciones se cree que hubo un fuerte crecimiento demográfico producido por la recién descubierta agricultura y entonces se habría elevado la densidad de población, lo que dio lugar a un comportamiento fuertemente territorial. Bajo este supuesto, los monumentos megalíticos serían un marcador territorial que delimitaba el área sobre la comunidad que había tomado posesión. El hecho que enterraran a los cuerpos de los antepasados de su linaje, reforzaba mucho más el vínculo de la gente con esos lugares. En síntesis, los monumentos megalíticos serían una especie de casa de los muertos en la que lo vivos encontrarían la expresión simbólica de su pertenencia a una comunidad y a un terruño concreto (Arias; s/f: 213).

Las catacumbas romanas

Bajo la ciudad eterna, Roma, existe un mundo subterráneo conformado por galerías de una larga historia. De acuerdo con las investigaciones más recientes estos conductos, que habían sido construidos para llevarse el agua de las lluvias, datan de finales del siglo I d. C., cuando los emperadores romanos de la dinastía Flavia edificaron el Coliseo. Pero ya existentes poco a poco fueron siendo utilizados para muy diversos fines de acuerdo con la historia de la ciudad. Así es como se puede encontrar desde un mosaico de 2000 años perfectamente conservado que representa la vendimia, hasta cráneos y huesos de monjes capuchinos los cuales murieron hace casi cinco siglos (Bennett; 2006: 4-12).

Las cuevas de Kabayan, Filipinas

En los bosques montañosos situados a 350 kilómetros al norte de Manila, Filipinas, las momias de un hombre y un niño reposan en una cueva que les sirve de tumba. Pertenecen a la tribu ibaloi. Muy cerca de estas dos momias hay otras 32 momias que ocupan cuatro cuevas de la población Kabayan. La tala, el vandalismo y los roedores amenazan a estos sitios y sus valiosos contenidos. Allí fue donde los ibalois, una minoría étnica de ese país, enterraron parientes y líderes tribales entre los siglos X y XVIII. A veces, según Orlando V. Abinon, del Museo Nacional de Filipinas, los ibalois de alto rango viejos o enfermos se preparaban para la momificación bebiendo una solución salina que limpiaba sus órganos (Duclos; 2000: IX).

Las momias se conservan en ataúdes ovalados como almendras y los colocan en cuevas altas, porque representan a sus antepasados y de alguna manera siguen interviniendo en la vida del pueblo, pues la gente cree que la vida de una persona no acaba con la muerte, sigue viviendo en un plano especial, influyen en las cosechas y en los natalicios y saben cosas que los vivos ignoran. Para comunicarse con los espíritus de los muertos existen médiums, principalmente mujeres, encargados de invocarlos. Los espíritus se introducen en el cuerpo de los médiums y hablan a través de ellos. Los difuntos son reverenciados por medio de ceremonias en las que se sacrifican animales que después son repartidos entre la gente (Anónimo; 2003: 4-5).

Los mayas prehispánicos

Los mayas también sabían que el sepulcro era el punto final de la vida física pero este conocimiento no afectaba su creencia acerca de la existencia ulterior a la muerte. Esto se advierte de inmediato por la costumbre de depositar en la tumba, al lado del difunto, vasijas que servían para comer y beber. También acompañaban a esos artefactos, otros objetos suntuarios relacionados con su vida cotidiana.

Esta forma de existencia posterior a la muerte física estaba regida por reglas y necesidades materiales como su vida en la Tierra. Los parientes del difunto prodigaban los cuidados necesarios a sus muertos pues suponían que de ello dependía su bienestar en la vida (Eberl; 2001: 318).

Los mayas sabían que al morir una persona dejaba de ser visto materialmente pero su esencia humana se concebía de otra forma, se tornaba más sutil. Era como un aliento percibido en el humo que ascendía al quemarse el copal, era sentido en el aroma de las flores y oído en los sonidos musicales. Por eso las ofrendas, cantos y rezos eran los alimentos de las almas. El hálito era, pues, la auténtica sustancia del alma y el vínculo de los difuntos con los seres vivos (Taube; 2001: 271).

Los resultados del constante trabajo de los arqueólogos demuestran que los gobernantes y los miembros de la nobleza eran depositados en tumbas con edificaciones importantes en tanto que la mayoría de los difuntos comunes tenían entierros mucho más modestos.

El día de muertos

En la actualidad, las costumbres de los mayas yucatecos están delimitadas por un sincretismo que se inició después de la conquista por parte de los españoles. En el periodo que comprendió los siglos xvi y xx surgieron nuevas concepciones como producto de un inevitable intercambio cultural. Fueron cinco siglos de contacto y de conflictos durante los cuales se amalgamaron de manera irreversible las ideas y prácticas de españoles e indígenas.

Uno de los resultados de este proceso es la celebración del Día de Muertos que se efectúa cada año en las fechas 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre. En esos días mucha gente va a los cementerios para hacer una visita a sus difuntos. Esto implica limpiar la tumba, llevar flores y prender alguna veladora.

En sus casas hacen sus altares: ponen la mesa, colocan los alimentos que en vida preferían los finados y colocan las fotografías de padres, abuelos o hijos que ya se han muerto. Rezan tres veces al día para que continúe el descanso de sus almas y de esta manera se comunican silenciosa y solemnemente con sus antepasados.

La creencia general es que en esos días las almas o ánimas de los muertos vendrán a tomar la esencia de los alimentos. El ambiente se llena de olores tanto por el aroma de las flores que se colocan como parte de las ofrendas, como por humo de las velas que arden en el altar. Terminadas las plegarias de rigor, se distribuyen las viandas entre los familiares. Finalmente, como dicta la costumbre, se intercambia parte de las ofrendas entre los vecinos y amigos.

Entre los guisados que sirven hay uno especial porque sólo se come ese día del año. Es el llamado *pib* el cual está hecho con masa de maíz, carnes de ave y cerdo condimentados con recaudos que dan color y sabor. Después de preparar los *pibes*, se envuelven con hojas de plátano, se introducen en un horno hecho previamente en el suelo del patio de la casa y, antes de enterrarlos, se cubren con ramas de jabin.

En las comunidades rurales donde todavía se practica esta celebración, se percibe, desde el mediodía, un agradable olor que se desprende de las hojas del jabin y que perfuma también este tradicional guisado.

La tradición oral sobre los muertos

Con respecto al tema del Día de Muertos hay mucho más que decir más allá de la descripción de la comida y los rezos. Existe una serie de relatos que sólo se cuentan en estos días y parecen reforzar el conjunto de creencias que acompañan a estas prácticas. Numerosos escritores de la región han plasmado en sus obras estos relatos de los cuales se ofrece a continuación una muestra.

En una ocasión, un joven del pueblo salió a pasear en la noche el Día de Muertos. Sus padres le habían dicho que no lo hiciera porque durante esas fechas no es conveniente andar muy tarde por las calles ya que las ánimas se lo podían llevar. Pero él era incrédulo y para comprobar que no era cierto lo que sus padres decían, salió de su casa un poco antes de las 12 de la noche. De pronto, vio aparecer frente a él mucha gente avanzando como en una procesión. Cada uno de los caminantes tenía entre las manos una vela encendida. Uno de ellos se le acercó y le dio su vela. Además le dijo que la guardara pues algún día regresaría por ella a pedirselo.

Al día siguiente, cuando fue a ver la citada vela donde la había guardado, se percató que en su lugar estaba un hueso largo. Cuando contó esto a sus padres, ellos le dijeron que ese caminante que le había dado la vela era una de las ánimas que retornan en los Días de Muertos. También le dijeron que cuando el ánima volviera por la vela corría el peligro de que ella se lo llevara al mundo de los muertos.

La única forma para que se salvara es que cuando devolviera la vela tenía que estar cerca de un recién nacido. Sin dudar del consejo, lo hizo como le indicaron. Desde entonces el muchacho tiene un profundo respeto por el Día de los Muertos (Orilla; 1996: 45).

Otro tipo de relatos sobre el tema se basa en el retorno o aparición de los difuntos en los lugares donde acostumbraban a desempeñarse. Un amigo mío de Hunucmá me platicó que, aprovechando el asueto laboral de esos días, fue de visita a la casa de sus padres. Había pasado más de un año de ausencia y desconocía los últimos acontecimientos del pueblo. En las calles aledañas rumbo hacia el hogar paterno saludó a un señor que era un antiguo vecino y cuando llegó le dijo a su progenitora: "Madre, acabo de saludar a don Pepito, el zapatero". "No es posible hijo -le contestó la señora- hace seis meses que lo enterraron". El susto que se llevó el muchacho le convenció totalmente de que los espíritus de los muertos regresan en estos días.

Hay otra clase de relatos sobre el Día de Muertos en los que se destacan los castigos o experiencias desagradables que pueden sufrir quienes no se prepararon para recibir a las ánimas y hacer la ceremonia como indica la costumbre. Básicamente las versiones recalcan que, si por desidia, incredulidad o tacañería no se preparan los alimentos de los difuntos, éstos ocuparán la cocina para preparar ellos mismos los guisos o simplemente haciendo ruidos que asustarán al dueño de la casa. Entonces, para evitar ser asustados, es mejor seguir la costumbre con respecto a los finados.

Interpretación

Estas prácticas obedecen a un conjunto de creencias y tradiciones en torno a la muerte que se generan en un contexto cultural. Hemos visto cómo en las distintas latitudes y en diferentes etapas de la historia muchos pueblos establecieron conductas hacia los muertos y un espacio en que ellos habitan.

Para entender estas conductas hay que poner en relieve algunas reflexiones pertinentes. Primera, el estado de muerte es observado en los demás, pero no es experimentado por los sentidos y las percepciones de los que aun viven. Conforman una parte desconocida de la vida y es, por tanto, una parte del caos conceptual de la vida. Como sucede en otros aspectos de la sociedad, la cultura responde ante la incógnita de la muerte con la elaboración de imágenes, símbolos y mitos que conforman un cosmos paralelo al de los vivos.

Al reflexionar sobre el estado de muerte encontramos que su configuración tiene elementos hasta cierto punto conocidos y familiares "Son precisamente estos elementos los que permiten imaginarla. Los muertos, a la vez que distintos de los vivos son similares a ellos y las relaciones que se establecen entre unos y otros están dotadas de un particular significado". (Baquedano; 2004: 16-17).

El mundo de los muertos y sus necesidades no son una creación arbitraria de los vivos sino más bien una recreación cultural con la que se hace posible abatir la duda de la inexistencia. Por esta razón se les ofrece a los muertos comidas, rezos y honores, todos ellos elementos que constituyen satisfactores de las necesidades humanas de los vivos. A partir de esta idea general se puede entender que cada cultura haya encontrado maneras semejantes de imaginar la muerte. Pero aun cuando se observen respuestas análogas, cada pueblo o sociedad tiene sus particularidades que las distinguen. El análisis entre

las semejanzas de lo general y la causalidad de las particularidades nos debe de mostrar cómo han sido los distintos procesos históricos y culturales por los que cada sociedad atraviesa.

Las funciones sociales del día de muertos

Armonía y cohesión social

La práctica de este ritual en los días dedicados a los difuntos, implica realizar una serie de labores conjuntas y la aportación de los materiales e ingredientes. Es una oportunidad para que grupos familiares se reúnan, convivan y fortalezcan con la práctica la armonía de sus relaciones sociales entre parientes, vecinos y amigos. Adultos, jóvenes y niños participan en los preparativos con entusiasmo pues cada quien tiene una función que cumplir y una recompensa social que recibe por parte del grupo.

Transmisión de conocimientos

Tanto las comidas como los rezos y los relatos acerca de los muertos constituyen tradiciones que contienen los saberes de la sociedad. La selección de los ingredientes y elaboración de los guisos son funciones que se aprenden paulatinamente. La hechura del altar y la ejecución de los rezos son observadas por los participantes para repetirlos cada año. Las medidas del horno, la cantidad de leña y el tipo de piedras que se usa son conocimientos que atañen preferentemente a los hombres de la comunidad. Los relatos enriquecen la solemnidad de la ocasión y remarcan la necesidad de honrar la memoria de los antepasados.

Redistribución de bienes

Cuando se terminan los *pibes* en la celebración del Janal Pixán se reparten e intercambian entre los parientes, vecinos y amigos. Cada quien hace los propios para poder dar a cambio de los que se reciben. Esto sucede en forma similar en los otros rituales que practican los campesinos tales como el Chaachak, el Jets Luum y el Janikol. En ellos se ofrecen alimentos a los dioses del agua y de la milpa que luego se reparten entre los asistentes.

Inserción social

Cada vez que se hace la ceremonia del Janal Pixán, los participantes refuerzan la memoria de su ascendencia. Los integrantes de una comunidad necesitan recordarse a ellos mismos y enseñar a sus descendientes cuál es su vínculo social y consanguíneo con la colectividad en la que vive. Honrar a los muertos es una forma de legitimar la pertenencia de cada individuo y cada familia a la sociedad.

Reducción de incertidumbre

Quizá la función más evidente de la ceremonia del Día de Muertos sea proporcionar a los miembros de una sociedad una perspectiva concreta, festiva o al menos aceptable de la muerte. Un esquema satisfactorio ante un hecho tan triste e irremediable constituye un bálsamo que permite transitar de un estado a otro con cierta aceptación.

Bibliografía

- Anónimo. "Las momias de Kabayan". En revista "Semanario de lo insólito" N° 593. Flores Muñoz, José María (editor), Año XII, marzo 2003. Mina Editores. México, 2003, pp. 4-5.
- Arias Cabal, Pablo. "El neolítico, las primeras sociedades campesinas". En *De la Edad del Hielo a la Civilización. Orígenes de la civilización*. De Carlos Gispert (editor). Barcelona, s/f, Ed. Océano.
- Baquedano López, Jesús Gaspar. *Reflexiones sobre la muerte: Imágenes de Chumayel, Yucatán*. Tesis de Maestría en Ciencias Antropológicas. Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY, 2004.
- Bennett, Paul. "Ciudades bajo Roma". En *National Geographic*. Vol. 19, N° 1, julio, 2006, México, pp. 2-17.
- Duclos, Alexis. "Preservación de momias filipinas". En *National Geographic*. Vol. 6, N° 5. Sección Geográfica, mayo, 2000, México, p. x.
- Eberl, Markus. "La muerte y las concepciones del alma". En *Los Mayas, una civilización milenaria*, Nikolai Grube, editor. Barcelona-Bergamo. Köne-man Verlagsgesellschaft mbH, 2001, pp. 311-318.
- Julien, Nadia. *Enciclopedia de los mitos*. México. Robin Book-Océano, 1997.
- Hessler, Peter. "Despertar a la vida. Tesoros de la antigua China". En *National Geographic en español*. Vol. 9 N° 4, octubre, 2001, México, pp. 48-57.

- Kindersley, Dorling. *Grandes misterios del pasado*. México-Nueva York. Selecciones del Reader's Digest, 1985.
- Miranda, Selene. "Las momias de la Laguna". En *National Geographic en español*. Vol. 5, Nº 5. noviembre, 1999, México, pp. 56-61.
- Orilla Canché, Miguel Ángel. *Los días de muertos en Yucatán (Hanal Pixán)*. Mérida. Maldonado Editores, 1996.
- Palaos Pons, Pedro. *Los misterios de la historia, los lugares misteriosos*. Madrid. PERYPAT Libros, 2007.
- Taube, Karl. "Los dioses de los mayas clásicos". En *Los Mayas, una civilización milenaria*, Nikolai Grube, editor. Barcelona-Bergamo. Köneman Verlagsgesellschaft mbH, 2001, pp. 274-275.